

VIDA OBRERA :-

La resuelta actitud de los obreros en general, quienes después de una rápida ojeada a la situación, se afiliaron a la causa constitucionalista, ha sido comentada favorablemente por las demás clases sociales, estimándose tal actitud por el patriotismo que refleja, como un feliz augurio, si no de la pronta terminación de esta revuelta intestina por los elementos reaccionarios a los que hay que destruir, por lo menos como una tendencia relacionada a su encauzamiento para llevarla hasta el ansiado fin, ya que los obreros, sin vacilaciones de ningún género y convencidos de la nobleza que entraña y anhelos que persigue, la han abrazado después de haberla considerado detenidamente. Y como el contingente que le aportan es de importancia infinita, seguro es, más que probable, alcanzar en no lejana época, el triunfo de nuestra revolución sobre los elementos reaccionarios que la obstruccionan, entorpeciendo la pronta consecución de sus propósitos.

Era tiempo ya de que los obreros, esa importantísima parte alicuota de nuestro elemento social, sacudiendo la indiferencia que en un principio mostraron, tomaran parte activa en el movimiento evolutivo que, iniciado por el Mártir de la Democracia, don Francisco I. Madero, prosigue con un afán digno de mejor suerte, con un empeño merecedor a la admiración de sus conciudadanos, el actual director de ese mismo movimiento, señor don Venustiano Carranza. La conquista de los derechos del pueblo, escamoteados mañosamente por la falange ambiciosa del cientifismo, la ingente necesidad de la impartición de la justicia, retribuyendo las faenas o trabajo de los obreros equitativamente y evitando que las empresas industriales o fabriles siguieran medrando a costa de ellos, hacia la indispensable participación activa de facción tan importante como la obrera, ya que su poderosa ayuda será, en no lejano tiempo, el brillante punto final de la revolución.

Y si bien es verdad que tal ha de suceder, no lo es menos que ello se debe, seguramente, a los esfuerzos hechos por el Primer Jefe, señor Carranza, quien, impertérrito y sereno en la magna lucha que sostiene con el elemento pagado por la reacción, el cientifismo y el clero, sigue adelante, a pesar de las innumerables dificultades que obstruccionan su avance, no importándole dejar prendidas en las zarzas del camino, las vidas de los suyos, con tal de alcanzar el ideal que lo allenta, es decir, la redención del obrero y la reconquista de los derechos que como ciudadanos, tienen y deben ejercer los proletarios.

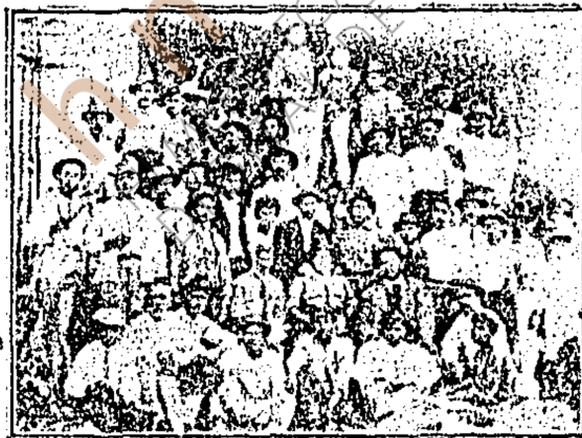
La clase obrera, por las someras consideraciones que dejamos apuntadas, es acreedora, por su resolución, al aplauso unánime de las demás clases sociales, ya que, sacrificando a su futuro las pocas comodidades que en México disfrutaba, se ha lanzado a la noble lucha que el constitucionalismo encabeza, dispuesta a dejar en aras de los ideales que el mismo persigue, no sólo su relativo bienestar, sino hasta la propia vida, pues los obreros, mejor que nadie, saben que los iniciadores de toda idea noble y santa, de toda ambición justa, raras veces ven, por desgracia, el resultado práctico, y muy pocas recogen los frutos de las semillas que sembraron, después de haber abonado la tierra

que las recibió, con sangre de sus hermanos.

El primer "Batallón Rojo," formado todo por elementos obreros, ha salido ya para Tampico, con objeto de tomar participación en la lucha que el general Pablo González, sostiene en contra de los obstruccionistas; el segundo "Batallón Rojo" partirá dentro de breves días al mismo punto y coadyuvará eficaz y activamente en la destrucción de los malos patriotas, que engañados por los ambiciosos, prefieren a la tranquilidad y soberanía de la Patria y a su misma integridad, un puñado de monedas, que los eternos enemigos de ella, les arrojan con la displicencia y despotismo en ellos característico. Entre tanto, sus hermanos, los obreros que aquí quedan, continúan su propaganda, convencidos de que para alcanzar el triunfo completo de sus anhelos, es indispensable sacrificar al mismo, algo que, precisamente por ser inmensamente caro, por ser la vida, dignifica hasta la glorificación tal sacrificio, ya que en aras de tan hermosos ideales y como preciado holocausto, se inmolan las existencias de algunos para redimir de tantas injusticias y miseria tanta, a la numerosa y noble familia obrera, eje del progreso de toda nación y pedestal sublime de su engrandecimiento.

-xox-

LOABLE LABOR



Tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores, la fotografía de un grupo de artesanos, carpinteros todos, que, sin extipendio alguno, contribuyeron en la mano de obra para la instalación de los puestos en la kermesse de caridad que se celebró en el Parque Ciríaco Vázquez, en domingo anterior.

Digna de todo encomio es la conducta de estos honrados obreros que, dando una prueba de solidaridad, prestaron su valioso contingente para ayudar en algo a los que sufren.

Ojalá que la actitud de estos artesanos sirva de ejemplo para que los trabajadores de todas clases, cuando se trata de una obra benéfica demuestran ante el mundo entero, que en el pecho de los obreros mexicanos siempre tiene albergue un sentimiento de bondad y un deseo de comprobar que, como lo han predicado en tan distintas formas y con tan diversos motivos solo se preocupan por el bienestar de la colectividad.

Rasgos como el que dejamos anotados tan brevemente enaltecen a los que practican y dan ocasión a que se les tribute, como lo hace hoy REVISTA NACIONAL, el elogio merecido a que se han hecho acreedores.

ANTE LA BANDERA

Antaño, cuando se efectuaban los desfiles militares en que el ejército lucía la vistosidad de un uniforme infamante; cuando las largas procesiones de soldados paseaban su falta de marcialidad por las avenidas de la entonces, Capital de la República, los esclavos de la vieja tiranía, los ciudadanos humillados por el caudillo de cien batallas imaginarias, nos descubríamos respetuosos a ver flamear, en cada batallón o regimiento, la enseña nacional.

Y no era un movimiento maquinal el que hacía descubrir nuestras cabezas, era un sentimiento que teníamos arraigado muy hondo, porque lo aprendimos desde niños, porque lo vimos practicar a nuestros padres que, con sus ejemplos de civismo atávico, nos inculcaban aquella idea de santa veneración.

Con la caída del dictador de tres décadas y el exterminio del que pretendió ser su sucesor durante diez y siete meses, desapareció la insultante exhibición de un ejército que solo existía en la mente de los tiranos y en los bolsillos de aquellos que cobraban haberes de tropas ilusorias, para medrar al amparo de la protección oficial y para enriquecerse hasta convertirse en cresos.

No hemos vuelto a presenciar el triste espectáculo que ofrecían los interminables desfiles de ciudadanos sufridos, arrastrados por la fuerza y obligados a cargar siempre la pesada mochila, que no se atrevían, siquiera, a levantar la cara, por no caer en el desagrado de los jefes cuya superioridad no consistía sino en los bordados del uniforme y la plétera de oro en espiguillas, charreteras y cascos...

Ahora que hemos visto desfilar soldados voluntarios, mostrándonos su indumentaria humilde, sencilla, desgarrada; indisciplinados tal vez; pero paseando la patria enseña con el orgullo de haber contribuido a nuestra redención, debemos extremar nuestros respetos hacia ella, porque no solamente nos hace recordar las leyendas de muchas grandes epopeyas de raza, sino que nos nuestra una leyenda nueva, aquella que nuestros hermanos grabaron con su sangre y que puede resumirse en tres palabras:

"Constitución y Reformas."

Ese es el lema que, sin aparecer bordado con caracteres de oro en la blanca seda del pabellón nacional, como en épocas pasadas se hacía con los números ordinales de los batallones o regimientos; ha quedado impreso entre sus pliegues, como debe quedar en las conciencias de todos los ciudadanos que con respeto se descubran a su paso.

Por eso debemos extremar nuestra veneración hacia el sagrado trapo de tres colores, porque los que con orgullo lo tremolan, son los que, en caso necesario, sabrán defender siempre bajo su amparo, la integridad nacional; y proseguir en la lucha por la salvación de la patria, llevando como égida la simbólica leyenda de tres palabras: "Constitución y Reformas."

Y nosotros, cuando miremos ondear la santa enseña, descubrámonos reverentes, murmuramos una plegaria en su honor y exclamamos con el entusiasmo que provocan las grandes emociones: "Es la bandera de la legalidad que pasa, ¡bendita sea!"